



Comentario a “Experimento lo que experimento, pero ¿sé lo que experimento?” de Tamara Nizetich

Sofía Mondaca*

En su artículo de Nizetich (2020), comienza presentándonos una reconstrucción de la noción de “proposiciones básicas” que presenta Ayer como la base de nuestro conocimiento empírico. Luego, frente a quienes aseguran de manera crítica que para aprehender dichas proposiciones es necesario poseer un conocimiento previo de cómo son los hechos, Nizetich defiende que sólo es necesario identificar ciertos datos sensoriales como siendo de cierta manera, y esto, al menos en términos de Ayer, no constituye conocimiento. De tal modo, concluye que la propuesta de Ayer es consistente en sí misma.

Ayer, como buen representante del Círculo de Viena, rechaza toda forma de fundar el conocimiento en algo que exceda a la experiencia. De tal modo, considera que las afirmaciones metafísicas no expresan proposición alguna y, por ende, son carentes de significado cognoscitivo. Para Ayer, sólo existen dos grandes clases de proposiciones: proposiciones *a priori* y proposiciones empíricas. Para comprender el significado de las proposiciones *a priori*, nos basta elaborar una teoría de la verdad formal que sostenga un principio del tipo “toda proposición falsa es auto contradictoria”. Pero, para comprender las proposiciones empíricas, tal teoría formal no resulta suficiente, de hecho, podemos tener proposiciones falsas y aun así libres de contradicción. Por lo tanto, nos dice, debemos construir una teoría de la verdad para las proposiciones empíricas que dé cuenta de cómo podemos confirmar dichas proposiciones. En su búsqueda de dicha tarea, Ayer aplica una versión débil del principio positivista de verificabilidad, defendiendo que para que una proposición empírica tenga sentido no es necesario que sea corroborada empíricamente, sino tan solo que sea posible o probable dicha corroboración.

En consecuencia, Ayer parece sostener que:

- (i) Las verdades *a priori* son aquellas proposiciones que son verdades lógicas absolutamente ciertas en virtud de su significado y que están libres de contradicción (tautologías).

* Universidad Nacional de Córdoba
ssofiamondaca@gmail.com

- (ii) Las verdades empíricas son hipótesis probables, comprobables empíricamente.

Ahora bien, ¿cómo debemos entender las verdades empíricas? Ayer distingue dentro de las proposiciones empíricas, las proposiciones básicas, las cuales se encuentran basadas en datos sensoriales de los cuales no podemos dudar. De tal modo, las proposiciones básicas implican certeza absoluta y, por lo tanto, constituyen la base de todo nuestro conocimiento (fundacionalismo). Tal como señala Nizetich, las proposiciones básicas no se comprometen con la existencia de los objetos, sino con la experiencia inmediata de los mismos: refieren al modo en el cual se aparecen las cosas en la mente bajo la forma de datos sensoriales. Tales datos conforman objetos internos de la mente que, siempre que sean descriptos correctamente por medio de una proposición básica, nos posibilitan el conocimiento.

Ayer (1981) nos señala cómo es el proceso de adquisición del conocimiento del mundo externo del siguiente modo:

- (i) Primero el sujeto experimenta una sensación muda.
- (ii) Luego, aprende una regla semántica que le informa cómo debe describir su sensación. A partir de la descripción correcta de su experiencia inmediata, a la que se denomina “proposición básica”, puede decirse que posee conocimiento.

Frente a tal teoría, hay quienes han criticado que, si la regla semántica requiere identificar una sensación entre otras, entonces, parece que previamente debemos reconocer dicha sensación para aplicarle la regla correspondiente. De tal modo, la sensación no sería muda, sino que implicaría algún tipo de conocimiento previo. Nizetich responde a tal crítica, afirmando que la inconsistencia aducida es falsa y afirma que, aunque la sensación es muda, lo que necesitamos para diferenciarla de otras sensaciones no merece el nombre de conocimiento. Sostiene que, siguiendo a Ayer, debemos decir que sólo hay conocimiento cuando se aplica correctamente una regla de significado. De esta manera, dice, experimentar no implica conocer lo que experimentamos. Para conocer lo que experimentamos, debemos describirlo aplicando una regla a través del lenguaje. Dicha descripción es susceptible de ser correcta o incorrecta. De tal modo, el uso correcto de las reglas semánticas, es lo que nos permite movernos desde el campo de las sensaciones al campo del conocimiento.

Ahora bien, supongamos que aceptamos que es posible identificar

datos sensoriales sin comprometerlos con un conocimiento sobre los mismos. Y, por lo tanto, supongamos que la teoría de Ayer acerca de las proposiciones fundamentales del conocimiento es cierta en este sentido. Ahora podríamos preguntarnos: ¿En qué sentido tales proposiciones básicas son proposiciones empíricas y fundan nuestro conocimiento acerca del mundo? ¿Son hipótesis probables empíricamente?

Como señalamos en un principio, Ayer se preocupa por encontrar un método de verificación para tales proposiciones, señalando la crucial diferencia entre las hipótesis probables empíricamente y las verdades formales. No obstante, hemos aceptado que existen proposiciones básicas que, en la medida en que las describamos correctamente, son siempre verdaderas. Observemos qué sucede con el método de verificación frente a tal panorama.

De la posición de Ayer se sigue que:

(i) Las verdades matemáticas y lógicas son verdades absolutas *a priori* de las cuales no debemos dudar. No obstante, podemos aplicar mal las reglas lingüísticas, trazando una correspondencia errónea entre las verdades y las proposiciones que las pretenden representar.

Y a continuación:

(ii) Las verdades empíricas incluyen las proposiciones básicas como la base indudable del conocimiento. Las mismas refieren a datos sensoriales de los cuales no podemos dudar. No obstante, nos podemos equivocar al describir tales sensaciones, utilizando erróneamente las reglas del lenguaje que nos llevan a nombrarlos.

En consecuencia, parece que la verificación de las oraciones empíricas más relevantes a la hora de fundar nuestro conocimiento, esto es, las proposiciones básicas, no poseen un método de verificación empírico, sino más bien lingüístico. De tal modo, dicha verificación parece colapsar con la verificación de las oraciones *a priori*, dependiendo ambas de una cuestión acerca de cómo nombramos las cosas antes de que cómo de hecho son las cosas. Esto genera una inconsistencia en el momento de defender las proposiciones básicas como la base fundamental de nuestro conocimiento empírico, ya que debemos concluir que nuestro conocimiento empírico se encuentra fundado en un uso correcto del lenguaje y no, como queríamos en su inicio, en el conocimiento empírico de ciertos hechos. Y esto debería resultarnos antiintuitivo, ya que usar correctamente el lenguaje nunca puede ser equivalente a conocer un hecho empírico.

Referencias Bibliográficas

Ayer, A. J. (1981). *Proposiciones básicas*. México: Universidad Nacional Autónoma de México.

Ayer, A. J. (1985). *El problema del conocimiento*. Buenos Aires: EUDEBA.

